

LA NECESIDAD DE UNA ALIANZA POR LA JUSTICIA

El jurista Luis Pásara estuvo en el Perú, invitado por el proyecto Justicia Viva. Participó en el seminario sobre Administración de Justicia: temas de actualidad en debate, y de una serie de reuniones y actividades vinculadas al proyecto, en calidad de consultor.

Pásara es uno de los principales expertos en temas de justicia y muchas de las principales investigaciones realizadas al respecto en relación al Perú, le pertenece. Su importante publicación ".....", está cumpliendo justamente 20 años de su publicación.

En una primera parte hablamos con él sobre las condiciones indispensables para lograr mejoras concretas en la labor jurisdiccional, y, en una segunda parte, cambio de canal, aprovechamos la oportunidad para preguntarle sobre artículos y posiciones que en su momento causaron polémica y hasta revuelo. Nuestro agradecimiento por su valioso apoyo a Justicia Viva.

Conociendo usted diferentes experiencias de administración de justicia y procesos de reforma judicial, ¿qué cree que se puede esperar realísticamente de la administración de justicia en países latinoamericanos como el nuestro?

Tenemos que partir por reconocer que la población de nuestros países percibe a la justicia como lenta y corrupta. Hay una tercera preocupación que me parece muy importante y que, sin embargo, no es tan evidente: es la que se refiere a la competencia profesional de jueces y fiscales. Éste es un problema muy serio porque en la mayor parte de nuestros países -no creo que el Perú sea una excepción- el trabajo de estos funcionarios se ha hecho cada vez más mediocre. En resumen, los problemas son lentitud, corrupción y baja calidad profesional de jueces y fiscales.

En principio, hay que entender que debido a la antigüedad de este problema y, en el caso peruano, a la acelerada descomposición que se produjo durante el régimen de Fujimori, ya no se pueden esperar resultados a muy corto plazo. Plantearlos es una ilusión. Cualquier fórmula que afirme que si tomamos tal o cual medida a partir de determinada fecha vamos a tener una justicia distinta constituye una mentira, con el problema adicional de que va a producir una nueva frustración.

Es cierto que no son problemas que se puedan revertir súbitamente, pero hay sistemas que funcionan mejor que otros. Si se cree que la

justicia es un desastre en todas partes, se llega a la conclusión de que no hay nada que esperar porque nada se va a poder mejorar.

Teniendo en cuenta que las cosas no son en blanco o negro, que no existen sistemas excelentes y otros desastrosos, y sobre todo viniendo de situaciones como la de Perú, creo que lo que podemos esperar realísticamente es llegar hacia tonos más claros de gris.

Es cierto que en América Latina hay sistemas que funcionan relativamente bien. El de Costa Rica funciona más o menos bien, el de Uruguay es más o menos aceptable, y probablemente detrás vienen algunos otros países que también han avanzado mucho, como Chile. La justicia chilena era muy conservadora, funcionaba internamente como una especie de casta en la cual la propia Corte Suprema se encargaba de reclutar personal y promoverlo; eso se ha roto y ahora hay un sistema de carrera judicial abierta.

Entonces, creo que es perfectamente posible mejorar. No producir una justicia excelente de la noche a la mañana, pero sí generar reformas.

¿En qué, concretamente, cree que se puede mejorar?

Se puede mejorar, por ejemplo, la selección de magistrados, de tal manera que contemos con mejores jueces tanto en términos profesionales como éticos y de trayectoria personal, algo fundamental y que se puede conseguir a través de determinados mecanismos concretos.

En cuanto a la lentitud, se pueden lograr avances en la medida en que se realicen determinados estudios y sobre todo se modernice el método para manejar los expedientes, que hasta ahora es muy arcaico en términos generales.

¿Cuáles son las condiciones básicas para concretar reformas como las que usted está mencionando?

Se necesita la conjunción de algunos actores claves que enumero, no necesariamente en orden de importancia.

Primero, es esencial contar con un núcleo de jueces y de fiscales interesados en la reforma, conscientes de lo que socialmente se espera de ellos. Tengo la impresión de que en el Perú ese factor ya existe, aunque sea pequeño. Hay un grupo de jueces que no sólo mantienen una preocupación intelectual sino que se han comprometido en términos personales e incluso se han arriesgado a dictar sentencias o a emitir dictámenes de acuerdo con su conciencia y no con la presión

política o las expectativas del gobierno. Ésta es una condición valiosísima que no existe en muchos países latinoamericanos

Otro sector importante es el de los políticos. Evidentemente, hay muchas medidas que requieren el acuerdo o la promoción del Poder Legislativo o del Poder Ejecutivo. Pero, seamos realistas, los políticos no funcionan por idealismo sino en la medida en que sienten que hay una demanda ciudadana para que se tomen ciertas medidas. Así como los políticos sienten que en el Perú hay una demanda social de empleo, en algún momento tienen que sentir que hay una demanda de cambios en la justicia. Entonces, incorporarlos activamente no pasa por convencerlos sino porque perciban una exigencia social.

Esa exigencia social es el tercer actor clave. Sería irreal plantear que provenga de la sociedad en su conjunto. Surge, más bien, de grupos organizados y activos que pongan el tema en la discusión, que no se limiten a la denuncia sino que elaboren una agenda de cambios en la que concuerden diferentes sectores como el académico -las universidades, los intelectuales que trabajan en el tema- y el empresarial, que lamentablemente en el Perú se ha interesado muy poco en este aspecto. En Colombia, Chile, Republica Dominicana existen experiencias muy sugerentes de empresarios que han superado el horizonte más pequeño de intereses concretos de tipo rentable y se han preocupado por contribuir a que sus países cuenten con mejores sistemas de justicia.

Luego están las ONG especializadas, como el consorcio al que usted pertenece. Éstas representan un factor muy importante por el conocimiento técnico especializado que poseen sobre el tema.

Si se logra producir una alianza en torno al asunto de la justicia, se puede lograr colocarlo en la agenda pública de una manera muy informada.

¿Algún cambio que se haya producido en otros países y que también podrían ocurrir en el Perú?

Es necesario conocer qué pasa en otros países, pero no se pueden copiar fórmulas. Hemos estado haciéndolo durante demasiados años -por no decir durante toda la época de la República- y luego nos dimos cuenta de que lo que funcionó en Costa Rica o Chile no funciona acá. Las experiencias hay que tomarlas como experiencias, no como recetas.

Adaptar una idea supone contar con un buen conocimiento de la realidad peruana. Éste es otro problema: padecemos de debilidad de diagnósticos. Creemos conocer la situación de la justicia pero no hay

suficientes trabajos que hayan analizado, por ejemplo, la lentitud, que es un aspecto muy específico que preocupa muchísimo a la gente. Si no se hace un estudio de flujo de expedientes en el Poder Judicial, no sabemos dónde están los cuellos de botella.

Muchas personas piensan que el origen de la lentitud es el código y concluyen que hay que cambiar las leyes, pero la experiencia latinoamericana muestra que se pueden producir cambios importantes sin modificar las normas. Las prácticas, las costumbres, la forma de manejar los procesos al interior del sistema judicial producen demoras y dan origen a pasos innecesarios que favorecen la corrupción, porque mover el expediente cuesta dinero. Corregir esos procedimientos sin cambiar leyes, simplemente reorganizando el manejo de los expedientes, puede producir mejoras espectaculares.

¿Sobre esto último está pensando en alguna experiencia concreta de la vida real?

Hay experiencias, como la de Guatemala, que se pueden tomar en cuenta. Los cambios que se han producido en ese país respecto a la gestión de expedientes en materia penal han generado resultados maravillosos. Con la instalación de un sistema computarizado se puede saber al instante dónde está cada expediente, quién lo tiene, cuál ha sido el último paso. Una acción relativamente barata como instalar un equipo de cómputo manejado por una central de digitadores ha permitido, por ejemplo, impedir que los expedientes desaparezcan, cosa que es muy importante. Por otra parte, cualquier abogado o interesado que posea el número único del expediente puede entrar y saber en qué situación se encuentra. Esto significa transparencia, acabar con la corrupción, poner en evidencia en qué fase se producen los atrasos.

De lo que ha escuchado estos días sobre lo que está ocurriendo con la administración de justicia en el Perú, ¿cuáles cree que son los temas hoy claves?

Todo lo del Consejo Nacional de la Magistratura está claro que representa un tema fundamental. Por lo que he escuchado, preocupa particularmente el asunto de las ratificaciones.

En el seminario organizado por el consorcio vimos al vicepresidente del consejo en una postura abierta, pero después hemos escuchado su decisión de ratificar o no a magistrados y jueces con criterios que ellos desconocen, sin proporcionarles la información sobre posibles manchas en sus antecedentes para que puedan defenderse. Esto me parece sumamente negativo, creo que es una manera de volver a las viejas

prácticas en las cuales quien tiene la autoridad hace lo que le parece y no está obligado a dar explicaciones.

Me parece una lección nefasta en materia de justicia no sólo respecto a las ratificaciones sino a lo que debe ser la actitud permanente del juez. Así como él tiene que dar cuenta de sus sentencias y sus actos, de la misma manera el Consejo Nacional de la Magistratura tiene que explicar sobre qué base toma decisiones tan importantes como determinar qué juez se queda o qué juez se va.

RELACIONES EXTRAJURÍDICAS CON EL PERÚ

Hace unos 18 años que se fue del país. ¿Cuál es su respuesta cuando ahora le preguntan por qué?

Es una pregunta compleja y que no tiene una respuesta única. En el origen de la decisión hubo un paquete de razones que se han ido ajustando, modificando o adquiriendo diversos pesos cada vez que me he vuelto a hacer la pregunta o me la han hecho otras personas.

Me fui por dos razones que confluyeron: hace dieciocho años, cuando cumplí los cuarenta y escribí un artículo que alguna gente recuerda todavía -"Al llegar a los cuarenta", se llamaba- me di cuenta de que varios de los proyectos que había intentado emprender en el Perú se habían estrellado, entre ellos la reforma de la enseñanza del Derecho en la Católica. En ese momento percibí que la contrarreforma había ganado la batalla, aunque ahora considero que no perdimos la guerra.

En segundo lugar, en lo que se refiere a la reforma del sistema de justicia, la labor que realizamos con Javier de Belaunde y con Jorge Avendaño entre 1976 y 1980 quedó en nada. Se produjo un golpe feroz a la reforma del sistema de justicia, luego del cual probablemente ésta no se levantó nunca más.

La ratificación de magistrados que realizó el Senado recién elegido en 1980 y la que siguió después, a cargo de la Corte Suprema, fueron, como ahora, casos de arbitrariedad. Se supo, luego, que hubo razones policiales. Por ejemplo, un magistrado muy respetable no fue ratificado porque había sido dirigente estudiantil en San Marcos. Con lo cual perdimos a José Hurtado o Pozo, un jurista brillante que ha llegado a ser decano de la facultad de Derecho de la Universidad de Friburgo.

Me sentí personalmente muy frustrado con todo esto porque había trabajado con mucho entusiasmo y además viendo que se producían resultados, que era posible cambiar la mentalidad de los jueces.

El tercer elemento, definitivo en términos personales, fue el intento de trabajar más seriamente en periodismo. Esto me llevó a asumir la dirección del noticiero de América Televisión, experiencia que duró mes y medio. Empezamos a incorporar un tipo de noticias que nunca habían estado presentes en el programa, s referentes a conflictos laborales. Entonces, el gerente del canal me llamó y me dijo: “Has mejorado mucho el noticiero, pero no podemos comprarnos problemas con los clientes en términos publicitarios. Tienes que parar las noticias laborales”. No lo hice y presenté mi renuncia.

Esto último colmó la medida de lo que yo percibía como frustraciones, fracasos o estrellamientos contra una realidad que podía más que yo. Puede ser que haya habido algo de ingenuidad o de ilusión, pero ése fue el balance que hice.

La otra razón grande está relacionada con lo que podría llamarse sendero o la senderización, es decir, esta *violentización* del país que tenía algo de achoramiento y algo de senderización.

Sentí que no estaba dispuesto a envejecer en este país, que el precio era demasiado alto y que esta atmósfera social indeseable -a la cual había que adaptarse de alguna manera si uno decidía quedarse-, sumada a la cuota de frustración con los resultados de lo que yo había hecho, eran suficientes razones para irse.

Entonces, una mañana de 1984 me di cuenta de que tenía que irme y al año siguiente me fui.

Y ahora que vive afuera, ¿qué tipo de vínculos mantiene con el Perú en términos de identidad, de afectos?

También eso ha cambiado con el tiempo. Hasta diciembre de 1996, yo escribía en *Caretas*. Durante once años me mantuve en relación con el Perú, primero porque escribía para un auditorio peruano y segundo porque, para hacerlo, tenía que estar enterado de lo que estaba pasando aquí. Ése fue un vínculo formal que produjo resultados no formales, es decir, el mantenerme muy enterado de la situación.

A partir de 1997, empecé a trabajar para la ONU y dejé *Caretas* porque eran actividades incompatibles. Desde entonces, mi vínculo con el Perú ha sido esporádico en términos formales, es decir, a veces se me ha pedido que venga a hacer algo o he mantenido un seguimiento durante etapas cruciales, como el final del régimen de Fujimori.

Cuando salí de *Caretas*, mi mujer sostenía que yo no iba a poder dejar de escribir, y sin embargo lo hice. He escrito algunos artículos sobre el Perú, algunos de los cuales se han publicado en *Idéele*, pero más allá

de eso no he sentido la necesidad de hacerlo. Escribir sobre el país es una forma de compromiso que yo he reasumido bastante esporádicamente.

Está mi identidad, por supuesto. La condición de peruano es irrenunciable aun cuando por razones prácticas uno decidiera nacionalizarse y tener un pasaporte de otro país. Y sin embargo, te confieso que veo con cierta distancia la identidad peruana. El modo de ser peruano me resulta cada vez más ajeno.

Los vínculos que tengo con personas que viven en el Perú son ahora un par de primos que son como hermanos, unos cuantos amigos y, por supuesto, mi hija y mi nieto. Por supuesto mantengo también el vínculo con la comida, por razones obvias, pero el resto es cada vez menos una referencia.

Recuerdo otro artículo suyo el que sostenía que la relación de pareja era absolutamente inviable, pero lleva con la misma mujer... veintidós años. ¿Se equivocó?

Claro que me equivoqué y detrás de ese error de naturaleza tan personal hay una explicación. Hasta ese momento había tenido dos o tres relaciones de pareja que habían significado fracasos dolorosos. Entonces, escribía desde una subjetividad muy herida. Felizmente me equivoqué.

Y ahora que ha pasado a estar del lado de las parejas ¿tiene alguna reflexión acerca de por qué funciona la relación de pareja?

No, es imposible. Cada pareja es un caso especial, particular, tanto las que podríamos considerar bien articuladas como las que funcionan de manera enfermiza, complementando elementos perversos.

Diría que, en mi caso -y sólo puedo hablar por mí-, la pareja que establecí con Nena del Pino pudo funcionar porque ambos -pero sobre todo yo- llegamos a aceptar que en una relación tienes cosas que ganar y cosas que perder. Hay cosas frente a las cuales tienes que transigir a diario. La pareja ideal no existe, la mujer o el hombre de tus sueños son mitos de literatura barata. En la vida real puedes y debes recibir muchas cosas, pero a cambio tienes que entregar muchas otras que a lo mejor no quieres.

Cuando comprendes esto y encuentras una persona con la cual sumas y restas, recibes un saldo positivo. La verdadera pareja ideal es esa, no la que te has imaginado. Estoy tratando de transmitirles esta idea a por lo menos dos de mis hijos, que creo que tienen la misma ingenuidad, la misma irrealdad que yo padecí en un momento.

Su perspectiva sobre la amistad también era muy dura. Recuerdo un artículo en el que decía que una serie de amigos se habían traicionado a cambio de distintos tipos de recompensas.

Creo que eso forma parte de una desilusión que no sé si es inevitable o en el caso del Perú es más grave. Mis elementos de comparación con otros países no son suficientes como para llegar a una conclusión.

Lo que sí sé es que no soy el único que siente esto. Recuerdo que hace años *Hueso Húmero* publicó una encuesta en la que una serie de personas que se habían ido del Perú mencionaban ese tema. Recuerdo también un texto de Mario Vargas Llosa en el que encontré la misma idea y es que, a partir de cierta edad, en el Perú uno experimenta que aquella gente que conoció en el colegio y luego en la universidad, y sobre la cual imaginaba cierta proyección interesante, positiva, no sólo en términos de rendimiento profesional sino más bien de valores, se va quedando en el camino, optando por el plato de lentejas o por cosas más sustanciosas que éste.

O no se vende sino que simplemente se va dejando, se va abandonando, entregándose a prácticas más sencillas, que implican menos compromisos, menos riesgos, menos preocupaciones. Y cada vez le va importando menos el resto.

No quiero cargar los tonos -como verás, mi lenguaje se ha moderado mucho, ya no soy el radical que fui-, pero todo esto te va produciendo una decepción, una sensación de que son pocos los que se quedan en ciertas posiciones en las que creímos.

Sí, yo mantengo la misma percepción. Cuando escribí ese artículo quizá estaba irritado; hoy día me parece un hecho de la realidad. Me alegro de mantener un grupo de buenos amigos de los cuales puedo seguir esperándolo todo. La mayoría vive en el Perú.

¿Y el artículo famoso sobre el feminismo? Ahora también tiene muy buenos vínculos con éste. ¿Cómo ha sido ese tránsito?

Escribí ese artículo sobre un feminismo antivarán que, en ese momento, era el preponderante y les hacía muy poco favor a las mujeres. Además, esto no ocurrió sólo en el Perú.

Si bien ese feminismo visceral se mantiene, una buena parte de él se movilizó hacia una posición mucho más razonable. Se trata de reivindicar a la mujer y también al hombre, porque el machismo no le favorece a él.

Es un poco como en el caso de los jueces que creen que con una reforma van a perder. Los hombres también se sienten amenazados por las reivindicaciones de las mujeres, sienten que pueden perder y no se dan cuenta de que pueden ganar. Creo que las reivindicaciones de las mujeres, cuando no padecen esta vertiente visceral antimasculina o antivarán, pueden hacernos mucho bien. Hay que acostumbrarse a situaciones nuevas, abandonar viejas prácticas. A veces hay que entrar a terrenos inciertos como el de la redefinición de roles del hombre y la mujer. Si la mujer no pretende masculinizar su rol, puede reivindicar sus derechos y ocupar una nueva posición protagónica en la sociedad sin constituirse en una amenaza para los hombres. Eso me parece perfectamente viable.

RECUADRO CATARSIS PÚBLICA SOBRE LA IGLESIA Y LA IZQUIERDA

Cómo fue que de pertenecer a la Iglesia Católica y a la Izquierda, pasó a estar en contra y públicamente.

Tengo un libro que, en buena medida, está basado en mi experiencia como militante de la Acción Católica Universitaria. Fui militante católico y luego me desapunté por razones religiosas que no vamos a discutir, pero también por un motivo muy parecido al que después me llevó a desapuntarme de la izquierda: el conocimiento interno de ambos movimientos.

Tal vez de nuevo pudo haber una dosis de ingenuidad, pero el comprender que en esas agrupaciones no se generaban prácticas distintas me produjo una fuerte decepción y en alguna medida una frustración de expectativas muy grandes.

Para decirlo directamente, cuando me di cuenta de que, en el fondo, la forma de ejercer el poder y valerse de la manipulación que utilizaban tanto el movimiento renovador de la Iglesia como los grupos de izquierda era exactamente igual que la de los grupos más conservadores y tradicionales, me sentí ajeno, distante.

En ambos casos escribí sobre el tema porque los intelectuales solemos hacer públicas nuestras catarsis. En el caso de la Iglesia, escribí un librito que, curiosamente, se agotó pero fue castigado con el silencio. Los gringos lo citaron mucho, pero en el Perú se hizo como si no se hubiera publicado. Un recurso muy católico para enfrentar una situación crítica.

En el caso de la izquierda sí se generó más debate. Hubo respuestas, comentarios y hasta insultos malévolos. Un actual personaje político dijo que yo era un renegado de la izquierda. Yo me quedé muy tranquilo

porque nunca pasé a la derecha y entonces no me siento un renegado, pero sí alguien que fue de izquierda y que hoy día no se define como tal.

No sé si hoy es útil definirse como una persona de izquierda. Creo que hay que defender en la práctica, no sólo en el discurso, cierto tipo de valores, de creencias y de actitudes que son las que definen a una persona y están relacionados con si uno está a favor de que se conserve o de que cambie el estatus, de que se produzcan transformaciones que, a estas alturas, no sé si viene al caso llamarlas de *izquierda*. Se trata, simplemente, de si una persona busca cambiar la sociedad porque le parece indeseable para sus hijos o sus nietos, o está a favor de aprovecharse de la situación y mantenerse en ella tanto como pueda. Creo que eso es lo que define a las personas tanto en términos políticos como en términos sociales.

FIN DEL RECUADRO

Alguna gente que lo conoce dice que Pásara tiende a la ruptura por una cuestión personal, porque no le gusta mantenerse en una causa durante mucho tiempo y, para justificarlo ve toda una creación doctrinaria.

Éste es un psicoanálisis al paso, digamos. Puede ser que haya un factor personal. Sería ridículo pretender que todas mis posturas y mis razonamientos estén exentos de subjetividad. Nadie puede hacerlo, ¿no? Yo no diría que necesariamente tiendo a la ruptura, pero sí me parece claro que romper me resulta más fácil que a otras personas.

Pongo un ejemplo muy pedestre. Mi mujer y yo nos hemos mudado de país varias veces. Pasamos de Perú a Costa Rica, luego vinimos al Perú por un año, después a Argentina por seis, de allí a Guatemala por cuatro años y medio, posteriormente a Estados Unidos por dos años y ahora estamos en México. Afectivamente, ella no ha soportado bien esas mudanzas y creo que su reacción es la usual. En cambio a mí me encantan los traslados. La posibilidad de cambiar de casa, de muebles, de auto no me genera una sensación de pérdida como a ella, sino más bien me entusiasma. Supongo que tengo una menor resistencia a las rupturas que el promedio de la gente.

Ahora, explicar por este factor las rupturas que he hecho me parece un poquito excesivo. Además de eso hay hechos, razonamientos formulados. Sostener que "lo que sucede es que Pásara tiende a la ruptura" equivale a responder a un argumento político diciendo "lo que pasa es que tú eres maricón". Hay que contestar los argumentos con argumentos. Las explicaciones personales que me las dejen a mí, a mi

mujer, a mis hijos, y, eventualmente, a un psicólogo, si es que quiero acudir a él.

Obviamente no le voy a preguntar si alguna vez se le ha dado por el psicoanálisis, pero ¿cree en la perspectiva psicoanalítica?

No. Creo que el análisis psicológico es muy importante, pero específicamente el psicoanálisis -que es una escuela y una fórmula dentro de lo que podríamos llamar terapia psicológica- tiene elementos que no me gustan. Y no por razones teóricas sino, una vez más, por las prácticas. Si lees a Freud encuentras ideas apasionantes. Evidentemente, al igual que Marx ha producido elementos importantísimos, indispensables para la comprensión de la humanidad y de la sociedad. Pero he tenido muchos amigos que han estado demasiado tiempo sujetos a psicoanálisis y los resultados no me han gustado.

Hay algunas anécdotas también sobre el mal carácter de Pásara. Se cuenta, por ejemplo, que si alguien no había leído un texto en una clase, usted se mandaba mudar tirando la puerta. Ahora, también se dice que con los años ha ido evolucionado, volviéndose más tolerante.

Probablemente es el rasgo más cercano a la realidad en esta especie de retrato social que estas haciendo de mí. Creo que fui muy intolerante, excesivamente radical en algunos aspectos. No hablo de posiciones sino de relaciones personales. A veces tuve comportamientos malcriados de los cuales la verdad me arrepiento, pues eran pleitos innecesarios. No me arrepiento de las posiciones que tomé sino de las formas que adopté, a veces excesivas e incluso contraproducentes para los efectos que quería causar.

Dicho esto, creo que hay muchas leyendas que circulan acerca de cosas que presuntamente hice y que en realidad no hice. Me he enterado de algunas anécdotas absolutamente falsas, creo que se han exagerado mis excesos.

En sus sucesivos viajes, ¿su vínculo con el entorno ha sido igual, mejor, menos conflictivo, más fácil o simplemente más distante que el que tuvo acá?

Desde que me fui, mi relación con el país fue mucho más armónica, más tranquila, seguramente porque era más distante. Una vez que decidí que no me quedaba, pude sobrevivir al país de una manera más tranquila.

Desde entonces, yo no diría que mi relación con el Perú es conflictiva. Incluso antes me afectaba un poquito cuando me preguntaban por

qué no volvía. Ahora ya no; simplemente explico mis razones. Me irritan mucho menos las noticias sobre Perú, quizá porque no sufro los hechos. Hay gente que me ha dicho que no estuve acá durante el peor momento de Sendero, y es verdad, no estuve. Hay hechos sobre los que me mantuve informado, pero no los viví; me los contaron, pero no pasé por ellos. Cuando uno viene a Lima por una o dos semanas, no vive las cosas de la manera en que las viven ustedes, que tienen que padecer una serie de circunstancias que van desde las económicas hasta la delincuencia.

No vivo este tema como Alfredo Bryce, quien hace poco escribió un texto que seguramente se ha publicado y comentado acá. Es un artículo espantoso desde el título -"Regreso del infierno"-, que te pinta una Lima que seguramente existe pero que yo no vivo de esa manera, con esa rabia y esa insatisfacción terribles. La vivo con más tranquilidad y eso quizá tiene que ver con que me voy mañana.